



EL EXILIO DE LA CULTURA EN TIEMPOS DE CRISIS

PRECARIZACIÓN, DEPURACIÓN Y ÉXODO CULTURAL

ESTELA RODRÍGUEZ

La estética, aquella hermana pequeña de la filosofía que se ocupaba de la vanidosa búsqueda de la Belleza, vive una de sus peores etapas, acostumbrada antaño a guarecerse en los mausoleos de la cultura, los museos, teatros, pinacotecas, y hoy, en centros culturales, espacios alternativos, artes de calle y muros graffiteados. Subsiste gracias a empecinados trabajadores de la cultura que invierten dinero, tiempo, saber y experiencia en travestirse en cualquiera de sus múltiples trajes: artistas, teatreros, trapeceistas, gestores, actrices, cantantes, programadoras de sala, tramoyistas, payasos, escritoras, bibliotecarios, diseñadoras gráficas, tejedores y escultoras.

Si alguna de ustedes tiene el curioso privilegio de tener un hijo o hija con *vocación artística*, sabrá del largo recorrido de especialización de estos estudios que ahora comienzan en el ciclo educativo del bachillerato artístico o de los conservatorios de música e institutos de teatro. Sabrá de la sobrecogedora sensación de sentir en su piel la necesidad –vital– de seguir las clases en dichos estudios; de las horas robadas al sueño y los quehaceres que la sociedad cataloga como *de provecho*; de los años y el dinero invertidos en la profesionalización de estos oficios. Sabrá de la quimera de seguir este impulso; sabrá de la dura ubicación en el mundo laboral remunerado. También, sabrá de los beneficios que recoge el que se dedica a estos menesteres, de la recompensa de apostar por la creatividad, de la reconfortante reacción de los que consumen cultura sin más. Sin más, porque la cultura no necesita de una taquilla en la entrada para ser valorada, contemplada, disfrutada, reconocida.

El sistema artístico en España contiene muchos capítulos de desarrollo cultural fecundo, poco o nulamente soportado por administraciones públicas, pero igualmente obstinado en nadar contra corriente. La corriente de aquellos que se esfuerzan porque desaparezca. En el actual momento de –estafa– crisis financiera y política, los ciudadanos hemos reforzado nuestra necesidad de defender la sanidad y la educación pública. No así la cultura, que otra vez queda

relegada a la idea de que es un bien prescindible en tiempos de austeridad. Esa debilidad provocada por la idea neoliberal de que los trabajadores de la cultura lo hacen “por amor al arte” y de esta forma el ejercicio de su labor está devaluado hasta límites insospechados, la profesión se ha sentido en estos años poco legitimada en buscar un paraguas para reivindicar la pérdida de sus derechos laborales y sociales, desde la cultura, pero en sintonía con los otros sangrantes desmantelamientos de nuestro *estado de malestar*.

Cada día nos levantamos con noticias como la del 30 de abril de 2013, donde se indica que el Ministerio recortará un 81% las ayudas para el arte contemporáneo. Pero no todo son recortes, son también políticas públicas fallidas: viene de lejos la instrumentalización de la cultura sufrida de la mano de algunos ayuntamientos y diputaciones –a quienes correspondía mucha de la pasada inversión en centros culturales, auditorios y teatros–, que sucumbieron a la burbuja inmobiliaria de querer tener un *Guggenheim* en cada villa. Recalificaron y gentrificaron espacios baldíos o pobres en grandes proyectos museísticos de dudosa vinculación con los barrios donde se construyeron, y, ahora, no tienen ni para pagar la luz de la infraestructura, vacía de contenido y llena de cementado continente. Grandes centros –como la *Fábrica de Creación Fabra i Coats* de Barcelona– que apenas abren sus muros a sus conciudadanos, los que antaño enarbolaron la difícil tarea de parar su derrumbe y reivindicar su patrimonio industrial como capital simbólico de todo un barrio.

Los ínfimos presupuestos dedicados al fomento y apoyo de la creación contemporánea se han recortado en estos años hasta su más mínima expresión. El espolio social que estamos viviendo en todos los sectores, se materializa en el sector cultural desmantelando ayudas directas y especulando y privatizando los servicios y equipamientos públicos culturales. La próxima privatización del *Museo Picasso*; el cierre de centros de arte contemporáneo (*Canòdrom* en Barcelona, *Can Xalant* en Mataró; *Espai Zero* de Olot), el riesgo de desaparición e infravalorización de otros (*Can Felipa* en Barcelona; *CA Tarragona*; *Bòlit* de Girona); la persecución de los centros culturales autogestionados (*Rock&Trini*, Barcelona; *La Nau Espacial*, Barcelona); la anulación de becas de investigación y producción artística; la reducción de presupuestos en las Escuelas de Arte, Música, Teatro y Danza; el aumento de tasas en las matrículas de los centros educativos profesionalizadores (FP) y de Grado Superior (Escuelas de artes y oficios; Instituto del Teatro y Facultad de Bellas Artes), son prueba de ello.

No obstante, acostumbrados a remar subiendo el río, los y las profesionales del sector cultural están reaccionando ante el brutal escenario de recortes en su

sector. Las voces antes silenciadas –o silenciosas, también es responsabilidad del mismo sector el no haber denunciado antes su situación– están alzándose en forma de mareas ciudadanas como la *Marea Roja* (Cataluña) o *No sin Cultura* (Madrid). Pequeñas pero potentes muestras del malestar ciudadano que se resiste al actual exterminio cultural.

El exterminio toma muchas formas de actuar: se comienza con la desvalorización y precarización del ejercicio de la profesión, se continúa con el desmantelamiento de los equipamientos públicos donde se exhibe, se refuerza con el impago de las subvenciones otorgadas durante todo el ejercicio 2012, para entrar en el 2013 con la promesa eterna de saldo de la deuda y el consecuente ahogo de las personas que defienden *a capa y espada* estas producciones artísticas. El vocabulario, de estos tiempos, es belicista –a mi pesar–. Pero *es la guerra*. Es la guerra contra los y las profesionales de la cultura, como antaño, considerados elemento subversivo y triturador de las directrices acotadas por los impulsos neoliberales, sólo atentos a aquella cultura edulcorada, amable con las élites y siempre empresarial, con cuantificación de públicos y de taquillas, con gestión de colas y de resultados, de competencias y contratos-programa.

Mucho que decir antes de denunciar –no queda otra– la actual depuración de los profesionales de la cultura, cerca de un 80% en el presente y en breve desaparición: la Generalitat de Catalunya –acción tristemente repetida en otras administraciones– debe 7 millones de euros en las subvenciones concedidas durante el 2012 a las compañías de teatro, danza, música, artistas plásticos, asociaciones profesionales, centros culturales asentados e independientes, proyectos de educación artística informal, etc. Para *paliar* esta deuda, los administrados se han visto instados a pedir un crédito al Instituto Catalán de Finanzas (que aún no ha sido saldado). Los proyectos culturales –sí, las obras de teatro, danza y exposiciones que usted vio durante 2012–, se han hecho a crédito, a crédito bancario o con el crédito de familiares y amigos que han apostado dinero para no dejar arruinar a los impulsores de las obras artísticas, asfixiados y presionados por los maltrechos proveedores que –legítimamente– no esperan a cobrar por sus servicios.

La excusa de que no hay dinero, de que nos rescatan de los excesos que hemos cometido en estos años, de haber vivido por encima de nuestras posibilidades, no se sustentan en un sector por siempre precarizado e infravalorado, fagocitado por políticas culturales dirigidas al turismo desenfrenado y al regocijo y dispendio en proyectos –por ejemplo, en ciudades como Barcelona– de autocomplacencia basada –hace apenas 9 años– en la loa del multiculturalismo

con el denostado Fòrum de les Cultures 2004 y la actual monogamia cultural y recreación de un pasado que se crece en la adversidad con los actos de conmemoración de la derrota del 1714. Tampoco en el vanidoso diseño de las *ciudades creativas*, de las que Barcelona se abandera como timón de proa del siempre rescatado e interesado proyecto de *progreso y modernización* para la industrialización cultural. Poco se habla —desde los gobiernos nacionales, autonómicos o locales— de las inestimables sumas de capital destinado en los recientemente descubiertos casos de corrupción, malversación de fondos y tráfico de influencias. Menos todavía de la subcontratación de servicios públicos en empresas diseñadas para tal fin, de la ausencia de transparencia en los presupuestos públicos otorgados a las contrataciones directas, cargos de confianza y subvenciones amañadas, sostenidas por la impunidad en el ejercicio de la función pública.

El resultado de este *austericidio* no es otro que la muerte física y psicológica de los creadores y profesionales de la cultura, y el consecuente éxodo de sus proyectos, que se internacionalizan para no volver. Esta generación de trabajadores de la cultura se siente hermana de la generación de los años 30, aquella que tuvo que cruzar los Pirineos por la depuración sistemática de los defensores de la universalidad de la cultura y la libertad de expresión. Aquella que permaneció en el exilio atesorando el proyecto de emancipación de la cultura como fuente de conocimiento y de enriquecimiento personal. Aquella que denunciaba a los burócratas, a los fascistas, a las élites culturales y a los liberales de la época. Aquella que volvió a Cataluña y fue depurada de sus títulos y conocimientos y apartada de la vida política (...aquella que fue encerrada en las prisiones y fusilada). Aquella que renació a finales de los 70 para llevar la cultura a todos lados. Aquella que quería una biblioteca pública en cada barrio. Aquella que ahora, 75 años después, volvemos a reencontrar en las calles, en defensa de sus derechos a la cultura, a la sanidad y a la educación pública. Aquella que no quiere asistir callada al exterminio de la cultura y al desahucio cultural. Aquella que no quiere volver al exilio, *en retirada*. Aquella que no desea cruzar de nuevo, los Pirineos.